

*La guerre sainte. La formation de l'idée de croisade dans l'Occident chrétien.*

Jean Flori

Aubier, Paris, 2001, 406 págs.

Para el interesado en la historia de las Cruzadas, la obra de Jean Flori constituye hoy en día una referencia académica indispensable. "Docteur d'État ès lettres et sciences humaines" (1983), Flori es director de investigación en el "Centre National de la Recherche Scientifique – CNRS" desde 1987; desde ese mismo año hasta 1992 se desempeñó en el Instituto Universitario de Investigación Científica en Rabat, Marruecos. Es, además, investigador en el "Centre d'Études Supérieures de Civilisation Médiévale" (CESCM), departamento de investigación en temas vinculados con la civilización medieval, que depende de la Universidad de Poitiers.

Probablemente el más destacado exponente actual del ámbito académico francés en materia de historia de la ideología de la caballería, la guerra santa y la Cruzada, además de su actividad académica y docente en el CESCM, Flori es autor de una abundante bibliografía sobre la temática de la caballería y la guerra santa, y su obra comprende tanto artículos en revistas especializadas (*Revue d'Histoire Ecclésiastique* de Lovaina; *Cahiers de Civilisation Médiévale* de Poitiers; *Le Moyen Age* de Bruselas; *Annales* de París, etc.), como una serie de obras

de mayor volumen sobre la misma temática (*L'Idéologie du glaive*, Ginebra, 1983; *L'Essor de la chevalerie*, Ginebra, 1986; *La Première Croisade. L'Occident chrétien contre l'Islam*, Bruselas, 1997; *La Chevalerie en France au Moyen Âge*, Paris, 1995; *Croisade et Chevalerie, Xie.-XIIe. siècle*, Paris-Bruselas, 1998; *Chevaliers et Chevalerie au Moyen Âge*, Paris, 1998; *Pierre l'Ermite et la Première Croisade*, Paris, 1999; *Richard Coeur de Lion, le roi chevalier*, Paris, 1999); así como innumerables ponencias en congresos, seminarios y coloquios académicos universitarios en Francia, Italia, España e Inglaterra.

Su última obra, publicada por Aubier a comienzos de este año, desarrolla —como lo aclara el subtítulo— el tema de la formación de la idea de Cruzada en el Occidente cristiano. En ella, Flori recorre los principales fenómenos que según él contribuyen —y explican— el surgimiento de una concepción cristiana de guerra santa en los siglos XI, XII y XIII en la Europa cristiana. Analiza así la contribución a esta idea del Bajo Imperio Romano y del Imperio Carolingio (cap. 2), el movimiento de la "Paz" y "Tregua de Dios" de los siglos X y XI (cap. 3), la concepción progresivamente afianzada de santos con virtudes bélicas y guerreros muertos en combate en guerras de la Cristiandad previas a la Cruzada, y tratados como mártires de la fe (cap. 4 y 5), el papel del papado de la Reforma gregoriana en el afianzamiento de esa idea de guerra santa (caps. 6 y 7); el fenómeno bastante frecuente de la diabolización de los no cristianos en la literatura occidental previa a las Cruzadas (cap. 8); los episodios de guerra catalogable como "sacralizada", así como los avatares de la Reconquista hispánica hasta la época de la primera Cruzada (cap. 9); y finalmente, el análisis de cómo esa evolución plasma en el episodio histórico de las Cruzadas a Tierra Santa (cap. 10).

Jean Flori viene prometiéndolo desde hace ya varios años un estudio detallado de la evolución de la posición de la Cristiandad frente al tema de la guerra, desde el Cristianismo primitivo hasta plena época de las Cruzadas; así lo afirma desde *Pierre l'Ermite et la Première Croisade*. No es ése el objetivo de esta obra, pues se limita al análisis del surgimiento de la idea de cruzada, como lo indica claramente el subtítulo y como lo explicita aún más en la página 26: "Es tiempo, creo, de hacer la síntesis de estos numerosos trabajos [reseñados], y de reexaminar el conjunto del tema desde el punto de vista de una nueva problemática, independiente de toda "escuela" y

despojada de toda polémica”.

La obra es destacable en varios aspectos: el aparato erudito es minucioso, completo y de fácil acceso; no utiliza –hay que agradecer al editor– el sistema de notas al final de la obra (que sí aparece por ejemplo en *Pierre L’Ermite*), que hace difícil el cotejo de las mismas con el texto principal; aquí, por el contrario, las notas están situadas cómodamente al pie de cada página. La bibliografía es exhaustiva, pero concreta y actualizada.. Por otro lado, el autor no tiene reparos en criticar –eso sí, amablemente, “comme il faut”– las tesis de otros colegas con los que se cruza periódicamente en eventos académicos europeos (por citar sólo uno, a Jonathan Riley-Smith, profesor de historia medieval en la Universidad de Oxford y probablemente el más conspicuo exponente del ámbito académico universitario inglés en materia de historia de las Cruzadas). Eso, sin dejar de tener la honestidad intelectual de reconocer algunas de sus propias tesis anteriores como erróneas o superadas; por ejemplo, cuando explica su actual abierta adhesión a las tesis removedoras de Dominique Barthélemy respecto de las verdaderas características socioeconómicas del movimiento de “Paz y tregua de Dios” (expuestas fundamentalmente en *L’An Mil et la paix de Dieu; la France chrétienne et féodale, 980-1060*, Paris, 1999), que ciertamente arrojan mucha luz sobre algunos antecedentes habitualmente manejados para explicar los orígenes de la idea de Cruzada.

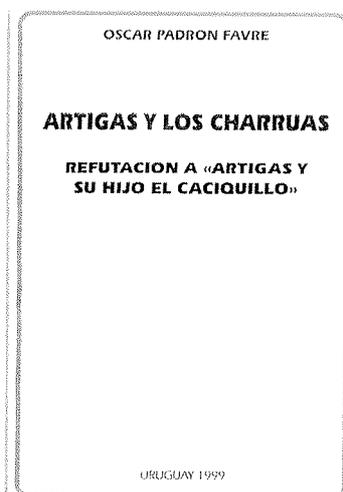
Como aspectos objetables o mejorables de la obra, se puede mencionar que, pese a las diecinueve páginas (de la 272 a la 291) dedicadas a la vinculación entre Reconquista española y guerra santa (las que, de todas formas, sobre más de cuatrocientas páginas de la obra, no son demasiado), el lector de habla hispana interesado en la historia medieval de nuestra Madre Patria se sigue encontrando con que la historiografía europea no

española dedica poca atención a la España medieval como ámbito específico de estudio, y esta obra de Flori no es una excepción. Hay un escaso manejo de fuentes hispánicas, y lo mismo sucede con la bibliografía; la acentuación incorrecta de algunos nombres propios castellanos contemporáneos da la sensación de que ni el autor ni el editor manejan con soltura el idioma español. En síntesis, digamos que la historia de la Reconquista española desde la perspectiva de la Cruzada sigue esperando un autor que la escriba, aunque solo sea para sustituir la ya añeja obra de J. Goñi Gaztambide (*Historia de la bula de la Cruzada en España*, Vitoria, 1958), que a nuestro juicio, al día de la fecha sigue siendo un referente indispensable.

Otro aspecto difícilmente compartible es el esfuerzo dedicado en la obra a definir qué es una “Cruzada”, qué es una “guerra santa” y qué una “guerra sacralizada”, y en qué se diferencian los tres conceptos entre sí. Personalmente, entendemos que desde el momento en que “Cruzada” es un término muy posterior al fenómeno que indica (la primera utilización de esta palabra es de principios del siglo XIV), la discusión en sí misma no parece conducente, ya que cualquier categoría de análisis que se intente crear en este sentido, implicará una definición basada en criterios académicos actuales; será arbitraria y resultará inaceptable para los defensores de otras definiciones.

Hechas estas salvedades de importancia secundaria, *La guerre sainte* es una obra con un alto valor académico, pues constituye a la vez un esfuerzo de síntesis y una herramienta útil para análisis posteriores. Su redacción clara y amena (a veces ausente en la historiografía francesa actual), la hace muy accesible para lectores entusiastas de la historia medieval. ♥

Aurelio Pastori



### *Artigas y los Charrúas. Refutación a «Artigas y su hijo el Caciquillo»*

Oscar Padrón Favre  
Edición del autor, Durazno, 1999, 42 págs.

En las dos últimas décadas del siglo XX, el rescate del indigenismo en el Uruguay ha sido una vertiente muy cultivada en la historiografía nacional.

Desde su ciudad natal, Durazno, Oscar Padrón Favre (Licenciado en Historia) ha exhumado abundante documentación y recogido testimonios que le permitieron reconstruir la trayectoria histórica de algunas de las etnias que poblaron nuestro territorio, en especial el centro del país. *Sangre indígena en el Uruguay*, un libro publicado en 1986 y reeditado, fue el primero de una serie de estudios sobre la temática, e impulsó la fundación de asociaciones de descendientes de indígenas.

Pero la profusión de publicaciones puede ser peligrosa cuando se realizan estudios que, más que orientados por el rigor científico, parecen ser el fruto de voluntarismos. «Dentro de esta serie de ediciones -dice Padrón Favre- el año 1992 se publicó del escritor montevideano Carlos Maggi el libro *Artigas y su hijo el Caciquillo*, con el subtítulo de 'El mundo pensado desde el lejano norte

o las 300 pruebas contra la historia en uso'» (pág. 1).

El libro que reseñamos es el resultado de la reacción adversa de Padrón Favre ante el contenido de los textos de Maggi referidos a la relación entre Artigas y los charrúas. En efecto, Padrón refuta sistemáticamente todas las afirmaciones contenidas en ellos: «Las tesis principales que Maggi plantea y repite, hasta agobiar al lector, son: Artigas, cuando joven, vivió en las tolderías charrúas; fue adoptado y reeducado por ellos; tuvo un hijo en las tolderías -el Caciquillo- y estos hechos marcaron toda la vida del prócer, pues ni militar ni ideológicamente puede entenderse el período artiguista si no se parte de esa 'alianza excepcional' entre la tribu y el caudillo» (pág. 1).

En el primer capítulo, titulado «Ante un seudo revisionismo», el autor expone la versión de Carlos Maggi acerca de una historia oficial que negaría la vinculación de Artigas con los indios. Las siguientes son algunas de las expresiones de Maggi sobre este punto: «...biografía india de José Artigas que todavía no pudo entrar a los textos de enseñanza.» «Los eruditos se niegan a reconocerlo...» «Parecería que nuestra historia oficial no quiere indios metidos en la revolución, y los borra.»

Los documentos de que se sirve Maggi proceden del Archivo Artigas, pero «En el Archivo Artigas -señala Padrón Favre- no está toda la documentación sobre Artigas y su época. El mismo presenta una excelente selección documental, muy copiosa, sí, pero que no deja de ser una selección al fin. Por lo tanto, al abordar el tema de Artigas, como el de los charrúas y su época, no puede ignorarse olímpicamente la importante bibliografía histórica uruguaya y regional de la cual hoy disponemos. Hacerlo es, por lo menos, una temeridad» (pág. 4).

Resultan, a juicio de Padrón, livianas y sin fundamento las referencias a la existencia de un complot historiográfico. El pensamiento del doctor Maggi «supone la consumación de un nacionalismo romántico que fijó en el Charrúa y en Artigas -unidos en la revolución en un común esfuerzo libertario y patriótico- los dos ideomitos fundadores de la nacionalidad uruguaya de validez general» (pág. 4).

Hay, pues, en la supuesta «historia oficial» que Maggi denuncia, dos actores centrales: el Charrúa -exterminado- y Artigas, el caudillo que no usó divisa blanca ni colorada. Muchos autores intentaron unir estos dos mitos; Maggi sólo estaría clausurando un ciclo.

En el capítulo siguiente, titulado «Los artigas y los indios

nómades», Padrón pone de manifiesto la intención de Maggi de relacionar a los charrúas con los Artigas, especialmente con José. Pero los documentos en que se basa la obra de Carlos Maggi ofrecen sólo un fragmento de la realidad: el apellido Artigas circulaba por los fogones como sinónimo de amigo y hombre de confianza de los indios. «Sin embargo, lamentablemente, Maggi no cita otros episodios que pueden echar una sombra de duda sobre la existencia de una fama tan favorable entre los infieles respecto a dicho apellido», señala Padrón en la página 7.

Para confirmar su afirmación, Padrón Favre narra varios incidentes protagonizados por Juan Antonio Artigas, padre del prócer. En todos los casos, la constante es la matanza de indígenas, dentro y fuera del combate. «Queda claro que el Capitán Juan A. Artigas podía, por su arrojo y dotes personales, mantener contacto y hasta una relación amistosa con algunos caciques minuanes, pero su etnia era la hispano-criolla con sede en Montevideo y chacras y estancias próximas. (...) \_Por qué Maggi no hace una sola mención a estos antecedentes que señalan a los Artigas como leales defensores del Rey y el vecindario de Montevideo o el trascendente combate del Tacuarí, que tanto importó en la carrera de armas de Juan A. Artigas y que debió quedar grabado con terrible espanto en la memoria de las tolderías minuanas?» (pág. 9).

La conclusión a la que arriba el autor de esta refutación es terminante: los Artigas simbolizan un modelo colonizador, que es el que representan, en palabras del historiador Pivel Devoto, «aquellos que atraídos por la conquista de la tierra tuvieron a su cargo la expansión colonizadora...» (J. E. Pivel Devoto, *Raíces coloniales*, citado por O. Padrón Favre, *Artigas y los...*, pág. 9). La disputa con el indígena por el territorio es parte de esa misión.

En el capítulo siguiente, «Artigas el Charrúa», se exponen los intentos de Carlos Maggi por demostrar que la etapa de la vida de José Artigas sobre la cual existe escasa documentación -entre los catorce y los treinta y un años- transcurrió en el territorio charrúa. Los supuestos sistemáticamente refutados son los siguientes:

- 1- . Artigas vivió esos años con los charrúas.
- 2- . En ese período, como resultado de su unión con una mujer charrúa, nació Manuel Artigas, quien más tarde llegó a ser jefe de los infieles y fue apodado «el Caciquillo».

3- . «Los charrúas representaban un modelo social y moral superior a la sociedad hispano-criolla de entonces, y en las tolderías del desierto Artigas fue iniciado en la 'sabiduría charrúa', obteniendo con ello una superioridad espiritual que explica su liderazgo al retornar al mundo criollo» (página 11).

En cuanto a la primera afirmación, Padrón sostiene que Maggi aplica una teoría infundada, y agrega que la inexistencia de datos responde al hecho de que la vida de Artigas en ese entonces era irrelevante para los estudios históricos: «Nunca fue el Delfín sobre el cual los cronistas de corte dejaban constancia de sus más mínimos detalles desde el nacimiento» (pág. 12).

Aunque Maggi sostiene en su estudio que Artigas vivió en las tolderías, no presenta testimonios documentales. Al respecto, Padrón señala que los vínculos de Artigas con Patricio José Gadea y uno de sus hermanos, vecinos de Villa Soriano al tiempo que parientes y amigos, le permitieron disponer de casas donde hospedarse.

En cuanto a la segunda afirmación, acerca del nacimiento de un hijo de Artigas, no está definitivamente probada la paternidad del Jefe de los orientales.

El tercer punto remite a la iniciación de Artigas en la sabiduría moral de los charrúas. A juicio de Padrón Favre, se trata tan sólo de una adaptación a la realidad uruguaya de la imagen del «buen salvaje» postulada por Rousseau. En el capítulo tercero, «El Charrúa blandengue», Padrón rebate las siguientes afirmaciones de Maggi:

1. Artigas nunca atacó ni mató charrúas.
2. Artigas fue un agente charrúa infiltrado en el mundo hispano-criollo.
3. Arerunguá era una reserva charrúa.

Numerosos documentos desmienten estas aseveraciones. Si bien los Blandengues constituyeron un cuerpo aparte, debieron reprimir a los indios en reiteradas oportunidades. Con respecto a que Artigas fuera un agente infiltrado, Padrón sostiene que se trata de una conclusión ajena a toda lógica.

En cuanto a la calificación de «reserva charrúa» que Maggi asigna a Arerunguá, cabe señalar que la donación de tierras a Artigas, en respuesta a una solicitud suya, fue efectuada cuando los charrúas ya no ocupaban esa zona.

El capítulo cuarto, «Artigas y los charrúas durante la Revolución», está destinado a demostrar la falsedad de

otras aseveraciones de Maggi.

Así, el lejano norte no fue territorio charrúa, pues «Antiguos soldados de Blandengues o dragones, exchangadores y vaqueros, familias misioneras escapadas de los pueblos, pobladores provenientes del sur de la Banda Oriental, inmigrantes del Paraguay, del territorio portugués o del interior del Virreinato, constituían para entonces los reales ocupantes de la tierra, quienes habían participado de la expulsión de los infieles cada vez más hacia el norte y que reclamaban su definitiva reducción o exterminio» (pág. 32).

Tampoco fue Artigas el primero en conseguir una alianza con los infieles. «Es totalmente falso seguir insistiendo en aquello de que después de 300 años de heroica resistencia, los charrúas recién con Artigas se avinieron a una alianza con el mundo criollo» (pág. 33).

Ni fueron los charrúas la fuerza más importante del artiguismo: «Supone a todas luces una total desmesura y un ejemplo fantástico de imaginación y

desprecio por el conocimiento histórico hacer de los charrúas la piedra clave del poder militar de Artigas. No estuvieron en la mayoría de las principales batallas y menos aún jugaron un papel decisivo en alguna» (pág. 35).

Igualmente falaz es la afirmación de que el artiguismo fue una ideología charrúa: «A la luz de todo lo publicado hasta la fecha por destacados historiadores e investigadores sobre la formación y caracterización del pensamiento y programa revolucionario de Artigas y su gente, huelga absolutamente en este caso rebatir expresamente tales afirmaciones totalmente descarriadas» (pág. 39).

Finalmente, en las Conclusiones, Padrón advierte que una labor historiográfica consagrada a la refundación de mitos es enemiga de una auténtica y madura conciencia nacional. 🐼

Uruguay Vega